



Stefany Arenas
stefanyarenas2233@gmail.com

Cuento

El imaginario proceso*

I

Al borde de un acantilado, casi sin poder distinguirla, ella viste de negro. Tiene cabello largo. Es joven. Se encuentra en un lugar no propicio para personas decentes y sobrias. No escucha a nadie. Está ensimismada. A lo lejos, se percibe que llora. Ha captado la atención de un conglomerado de personas. Gente aglutinada en el tranvía, una columna inmensa de ladrillos en donde señores, jóvenes, ancianos y niños han recostado sus brazos, en esa balaustrada, para ver cómo se desenlaza ese inoportuno drama. Cámaras periodísticas, ambulancias, focos enormes que apuntan, con una tenue iluminación, al sitio donde se localiza esa víctima. Bullicios de todos lados: el sonido de la locomotora de los autos, los rumores, absolutamente un griterío, las llamadas por celular para contar lo que acontecía. “Una chica está en el acantilado... ¡Sí, sí! ¡Acá, en Miraflores...! ¿Por dónde...? Entre el puente Villena y la avenida Larcomar. No sé cómo se llama esta calle... ¿Qué...? ¡Espera! ¡Te llamo en un rato! ¡Me están informando!”. El pánico

se iba apoderado en los presentes, invadidos por una adrenalina que no los dejaba descuidarse ni un instante de los hechos. Con el frío, empezaba a provocarles sudor y temblor, como si ellos fueran los que estuviesen ahí, en el lugar del peligro. “Vamos, ya”. “Espérate”. Transcurren los minutos y no se mueven. Más gente se acoplaba y se acomodaba. El área resultaba insuficiente e incómoda. Aproximadamente, una fila de setenta personas pernoctaba en esa baranda extensa de ladrillos. Faltaba más espacio. Sin embargo, aumentaban los espectadores. Los reporteros bajaban de sus automóviles que aparecían con simultaneidad de alguna esquina. Acarrea el tráfico. Se diversifican los coches. Por la impotencia de continuar con su rumbo, han bajado y se han documentado acerca del porqué del cierre de las calles. Se confunden: ven hacia el oscuro mar que apenas se reluce por el claro de la luna; luego, dirigen su mirada hacia la autopista de abajo, que se halla a unos cuantos metros de la playa y, para finiquitar, se interesan en los negruzcos peñascos que evidencian una respetable altura del lugar en donde se hallan. No ubican el centro de atención. Se orientan con las miradas de los demás. Algunos observan en diferentes direcciones. No hay en quién confiar. “Qué tanto miran”. “Esa chica”. “¿Cuál?”. “En medio del peñasco, casi ni se la ve. Es esa mancha negra de allí”. Le señaló con el dedo, apenas pudo distinguir una sombra, más opaca de lo que podía reconocerse.

¿Y yo qué hago en Francia? Me es difícil adaptarme. No comprendo su idioma y no tengo ni un incen-

*Jesús Miguel Delgado Del Águila
Candidato a doctor en Literatura Peruana y Latinoamericana por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Lima, Perú).
tarmangani2088@outlook.com

tivo por aprenderlo. Quiero huir de esta habitación de París. Los pocos euros que poseo no me alcanzan para sobrevivir más tiempo. Esta noche lo decidiré todo. Es insoportable, pero desapareceré indefectiblemente.

La escena empieza a verse deterioradas y con densidad, como si fuera propia de un sueño. Las imágenes se distorsionan. Una neblina imponente las caracteriza. No obstante, se aprecia el proceder de los policías, así como el destello de los faroles, los carros y los edificios. El actuar es ralentizador. Aunque esa sensación es notoria por escasos momentos. Sin percatarse, ahora vuelven a tomar el matiz anterior: se torna visible e inteligible paulatinamente. Se ha recuperado la nitidez y la velocidad habitual de los hechos. Todo es sombrío al otro lado: el mar, el astro inmenso que refleja su luz en el océano, ese claro de luna que irradia y tiritita sobre el agua de la Costa Verde. Bomberos vestidos de civiles bajan con cautela, con unas sogas amarradas en la cintura, hasta donde se encuentra la chica aproximadamente. El área está cercada. Han colocado franjas enormes y largas de color amarillo, que indican la prohibición del paso, escrito en inglés y graficado con un cráneo y cuatro huesos que lo adornan. Se impide el tránsito en una inminente distancia, pese a que sigue el cúmulo de personas agrupadas en la baranda. Se está generando simpatía entre los espectadores. Uno que ha observado durante más tiempo la tensión le cuenta todo lo que conoce a otro que recién llega y que está menos informado. Luego de unos minutos, se vio pertinente

que dos de los bomberos regresen. Bastará solo con uno para persuadir a la muchacha a que suba con él. “¿Dónde están los padres de la chica?”. “No se sabe”. “¿Dónde están los padres de la chica?”. “Ni idea”. “¿Dónde están los padres de la chica?”. “Estuve oyendo entre los policías y los vecinos. Dicen que sus papás están de viaje. No hay ni un pariente de ella por el momento. Se está investigando”.

No es que haya olvidado, sino que los recuerdos son lejanos. Se introducen en mí en ocasiones, pero el hecho de que estén ahora separados considerablemente de mi vida ha suscitado que el sentimiento que tenía por esas evocaciones no prevalezca tanto como cuando lo fue remotamente, cuando viví feliz y esas reminiscencias no eran parte de mi pasado, sino que eran mi vida, esta vida. Lamentablemente, solo vivo pensando en el futuro. Mi presente no lo disfruto. Me aburre. No poseo motivos que me conmuevan. Toda mi vida sigo creyendo que el porvenir me cambiará el ánimo. Solo temo que cuando llegue eso que espero, que no sé qué será, no se me ocurra pensar en otras perspectivas. Mi tiempo no sirve. Quizá mi existencia tampoco.

Qué hermoso es para esa chica, entre su ensordecedor estado depresivo, contemplar el mar un viernes por la noche desde donde se ubica, en medio de un peñasco, con una relativa altura terrorífica que me origina vértigo. Escucha el estallido de las olas contra la orilla y esas rocas enormes que se encuentran como divisiones de las playas. Las burbujas se consolidan luego del impacto y la espuma inmanente se recolecta

en la orilla. Las olas, en su cíclico ritmo de ir y venir, se pierden y se reintegran. Además, las admira. Por mucho tiempo, se cerciora del movimiento del agua; en rigor, donde está más claro. El oscuro océano, también alumbrado por un faro reflector, se mueve horizontalmente de izquierda a derecha. Más allá, todo es lóbrego, como el cielo, que se asemeja a una pared que censura la visión del otro extremo del mundo: consiste en una ilusión nada más. Está enamorada de la naturaleza. Ve las múltiples lucecitas circundantes del trayecto automovilístico que comprende desde La Punta hasta Chorrillos, que limita con la playa, la Costa Verde: los faroles, los carros, los semáforos, la Cruz del Papa del Morro Solar, que propala rayos de luz dirigidos al mar. Una que otras veces, un helicóptero o un avión hacen ruido al trasladarse y quebrar las escasas nubes. El peñasco en donde está no es más que tierra desproporcionada, conformada por cerros de alturas heterogéneas, con piedritas y rocas, poblado en su mayor parte de hojas, plantas y lianas frondosas que se enredan por doquier. Ella absorbe cada retazo de la naturaleza. Retrotrae algo en su mente y se tranquiliza. Solloza en silencio. Su estado de ánimo no es estable: por momentos, no le importa nada; en otros, mira hacia arriba como quien espera una palabra que logre concientizarla. Cuántos conocen su situación sin entenderla de verdad. Cuántos están ausentes para ella, sabiendo que su intervención la ayudaría más de lo que se imaginaría. En un instante, sus pensamientos fueron interrumpidos por un bombero adulto que

se ha adherido a su costado. Le habla, le pregunta, no recibe respuesta, se desespera, trata de adjuntarla hacia él, la agarra del brazo con fuerza, y ella únicamente se molesta. Vacila entre lanzarse o no. El rescatista se asusta, empalidece, prefiere distender su arremetida. Esperará un rato más. Tan solo procurará persuadirla, aunque ella no corresponda y simule no oírlo.

En esta oportunidad, me gustaría contar con la presencia de una mujer o al menos construirla con mi mente, dibujarla, representarla de cualquier manera. Una silueta tal vez, pero con la condición de que se parezca a ella, que contenga su rostro, su faz, su semblante. Si eso fuera imposible, entonces podría ser una mujer con el rostro encubierto. No sé... Siento que no será de ninguna forma. Me gustaría mucho sentirla y que ella perciba que la palpo. No solo su voz es la que quiero comprobar, ni tampoco su belleza, sino todo su ser, todo su ser cambiante, y que corresponda con su alma. Aquí, en la ciudad del amor.

Aún siguen los vecinos, los periodistas, los bomberos, el tráfico, la noche, las luces, la mujer, la malla que prohíbe la circulación, la luna que ilumina el mar y todas las personas que se recuestan en el baúl de ladrillos, todas. Si es que se fueron algunas, retornaron más en su reemplazo. En ese lugar, lleva más de tres horas. Falta poco para la medianoche, y todo queda a la expectativa. El mismo bombero subió y bajó en tres oportunidades; sin embargo, la chica no cambió de parecer: siguió sentada al borde del vacío con su mirada apagada y triste. Hay un silencio

paradójico: las personas están detenidas, ya ni dialogan, algo tediosas, indiferentes, aburridas, apáticas, esperando que la chica se convenza por el bombero tras su discurso. La inquietud por el tiempo se hace propicia. El cansancio físico está articulándose en todos. “Mañana debo levantarme temprano”. “Ya son más de las once de la noche. Mañana es sábado: debo trabajar. Ojalá pueda despertarme”. “No, yo no me voy hasta ver qué sucede”. “¿Qué me perdí? Me fui hace una hora y... ¡Qué pasó con la chica! ¡Ya no la veo!”. “Ahí está, no ocurre nada interesante todavía; el bombero de abajo le está palabreando y nada, es una mujer extraña y terca”. “La chica tiene un celular. La he visto comunicarse cuando estaba sola antes y después de que el bombero se acercara”. “¿Con quién conversará?”. “Ni idea”. Rumores. Más rumores.

El problema surge cuando tu deber empieza a perjudicarte o te obliga perturbar a otros. Los demás me ven como crítico. Me excluyen. Me rechazan. Será porque no participo en sus mundos y no me inmerso completamente en lo que me exigen. No vivo para ellos. Observo el escenario desde afuera, sin involucrarme con el resto. Pensé que así no me harían daño, mas ahora la mayoría se ha ido contra mí, todos, todos... Mientras ellos se superan y logran la felicidad, yo construyo palabras, seres ficticios a quienes he proporcionado mi vida, no esta, sino la inmortal. Ellos existirán para la eternidad. Los podrán sentir. No tendrán el mismo defecto que yo: el de morir. Por eso, ironizaba y amonestaba las imperfecciones y la

impotencia de sobresalir entre los demás, con fines de lucro, para demostrarles que mi labor era trascendental, para la historia, inminente y representativa para las vidas de mi sociedad. Pero cometí un error: el de no tomar sus sufrimientos. Ahora que vivo en una situación similar, reflexiono lo cruel que fui. Mis plegarias y mis suplicios no bastarán para solucionar el daño que hice. Dejaré de ser crítico, estaré eximido de vivir.

El silencio ha invadido el ambiente. La barandilla de Miraflores, la misma que se ubica entre el parque Alfredo Salazar (al final de la avenida Larco-mar) y el puente Villena, sigue siendo el centro de atención. Silencio, silencio y más silencio. A la justa, se escucha una que otra sirena de algún carro, dos, tres o cuatro, quizá. Las mentes de los espectadores se han concentrado para advertir telepáticamente el desenvolvimiento de la mujer. Es una comunicación intuitiva. La siente. Es una exigencia a que de una vez se adhiera a los brazos del bombero y reciba la atribución de rescatada. Es más que una orden, una obligación... Y es así. La chica dirige una primera mirada al señor que tiene una cuerda atada en la cintura y le pide que la suba. Lo menciona con un tono de animadversión, de haber sido derrotada, como lo ha estado desde que se encuentra en el peñasco. Su actitud es semejante. Se deja atar a la altura de la cintura. Es tomada por el bombero, vestido de civil, y pide refuerzos a otros dos que están arriba sujetando vigorosamente las sogas. Acuden a otros tres más. Empiezan a jalar. “¡Miren! ¡Ya sube!”. Una atmósfera

de decepción se prolifera en los espectadores, como si hubiesen preferido el suicidio al rescate. “Tan-
tas horas para nada. ¡Qué pérdida de tiempo!”. Me
imagino cómo se sentiría la mujer luego de que todo
acabase: ella arriba, oyendo sermones por doquier de
críticas o autoayuda, conducida a un centro psiquiá-
trico, posteriormente, en su casa con muchas pasti-
llas que el doctor le brindará conforme con su receta
médica. Qué decepción. Esa mujer. Antes que eso, la
muerte. No llevaba ni tres metros de la planicie en
donde permaneció casi las cuatro horas, cuando esta
idea interfirió en sus pensamientos. Empezó a revo-
lotearse con desesperación de las extremidades del
rescatista. Esa mujer. Un hálito unísono de los obser-
vadores se dilató en la explanada. El aburrimiento se
disipó. El silencio se convirtió en tensión. El asombro
se generalizó en sus mentes. Esa mujer se ha sepa-
rado de la comprensión del bombero. Tengo temor,
porque yo la conozco. “¡Diablos, se está tirando!”.

Atardece en París. Las calles están nubladas. El
cielo celeste y lúcido se ha intensificado como una
estampilla. Las nubes blancas se identifican apenas.
Lo contemplo todo desde las ventanas de mi habita-
ción. Las tengo abiertas. Me recuesto en la barandilla.
Admiro las calles, el tránsito reducido de las perso-
nas y los automóviles. Predomina la proporcionalidad
en las calles. De alguna manera, las residencias son

de un mismo color idóneo, pálido. En cada esquina,
un poste. Cada cierto tramo, un árbol pequeño bien
plantado y de altura preponderante. Las casas, divi-
didas por matices. Una tienda, con sus respectivas
medidas. A lo lejos, la Torre Eiffel. Únicamente, el
soplido del viento y el vuelo de las hojas se patenti-
zan por encima de todo, en este círculo. Saco el piti-
llo de mis labios y expiro todo el humo posible, sin
esforzar el desajuste de mis bronquios. La humareda
sale a la intemperie. Es fétida de verdad, junto con la
rutina de fumar. Sin embargo, terminar con esa cos-
tumbre sería más dificultoso. Aquí ya hay detractores
medulares. No se puede fumar libremente en la calle.
Me percató de las apetitosas donas de chocolate con
relleno que aquí se las conoce como macarrones, y
pienso que cómo sería si este humo llegara al Perú...

Estar encerrado en el cuarto piso de este edi-
ficio y ver solo lo que hay al frente, evita que me re-
cree, al igual que los hemisferios izquierdo y derecho.
Por más que intento, no me emancipo de este escaso
sedentarismo. En mi diestra, se produce una conexión
con el universo abierto, es misterioso, me suscita una
sensación de muerte, pérdida, sufrimiento. Del otro
lado, solo percibo el vacío, como si no existiese nada,
similar a una barrera enorme y oculta que segmentara
el final del mundo justo allí. Es insoportable. Tengo
que convivir con las dos latitudes. Estoy más de un
mes en este lugar, y no consigo adaptarme. Entretan-
to, afuera es muy bonito, luminoso y alegre. Dentro
de mi cuarto, es todo un infierno: cerrado, sin vida,

oscuro, fantasmal, silencioso. A ello, incorporo el lenguaje, el trabajo, las preocupaciones, las dolencias. Llevo tiempo con estas cicatrices inherentes entre la palma de mi mano izquierda y el codo. Son enormes: cuatro o cinco rayas que han perforado mi piel. Algunas se han subsanado; las otras aún no se curan: me arden, me perturban, me causa escozor a cada momento y no puedo rascarme, porque aumentan de tamaño y me duelen más. De la nada, me brota un líquido transparente, como un pus amarillento. Tengo el brazo completamente inflamado y no cuento con el suficiente dinero para medicarme. Estas vendas no me ayudan. Lo único que hacen es infectarme las heridas.

Puedo pasarme echado horas y horas en mi lecho, reflexionando en torno a la vida y la muerte o, simplemente, no pensar en nada. El quehacer mental me desgasta más, me debilita, me produce sueño y quedo dormido. Así transcurren los días. De ese modo, me voy muriendo un poco más. Me revuelco en mi aburrimento con mi colcha, con la que ya me he encariñado: es azul, gastada, arrugada, pero reconfortante.

¡Qué insoportable! Todo un mes con este dolor de brazo. Es una tortura... ¡Diablos! ¡Cómo me duele! Preferiría amputármelo a quejarme por esta punzante infección. ¡Maldito brazo! ¡Hasta cuándo va a seguir este insoportable dolor! ¡No lo resisto, no lo resisto! Empiezo a presionarme con la mano derecha la extremidad defectuosa, por encima del codo. Lo sujeto con fuerza. Se me abren más las heridas. Veo mi carne viva allí. Chorrea ese líquido transparente

amarillo; ahora, sangre, sangre, sangre... ¡Que salga toda! ¡Así no me dolerá más este brazo! Me duele... Mi vista... ¿Qué sucede? Me encuentro aquí, todavía en mi cuarto. Todo es borroso. Estoy sollozando. Veo mi herida, una y otra vez. Todo es nebuloso. El dolor me ha llevado a un estado extático. No tengo control sobre mí. Mis fuerzas me han traicionado. No puedo mover ni un solo dedo. Tocan la puerta de mi cuarto. Lo hacen otra vez. Me resulta complicado abrirla. Me siento mal. Mis miembros están dispersos en el piso y mi columna se recuesta sobre las maderas del sostén de la cama. Tocan la puerta con más vigor: con autoridad. No puedo abrirla. Que sigan tocando. La abren con violencia de una patada. Cinco señores de aspecto respetable y de distinguida reputación son los que aparecen y entran a mi alcoba. Les siguen cuatro personas uniformadas con un chaleco que reconozco: son policías. Me toman con fuerza...

—Por fin, ya era hora...

—Ojalá esté en... Miren es él.

Lo encontramos...

—Sí, es él, es él...

—¿Ábner?

—Sí, soy yo —le respondo.

—Tiene orden de detención y un plazo de veinticuatro horas para abandonar el país. Lo demás se lo diremos en la comisaría.

—¡No me iré de aquí!

—No nos discuta, señor Áb-

ner. Usted sabe muy bien lo que ha hecho, al igual que la prensa y todo el personal político.

—¡No! ¡No me iré!

—Señor Ábner, su resistencia será en vano. Hay dos patrullas a la espalda de su residencia y los medios de comunicación están en las escaleras. No tiene forma de huir ni aparentar ser inocente. ¡García! ¡López! Colóquenle las esposas.

—No quiero. ¡Suéltenme!

—¿Se la aplicamos, general?

—Sí, denle una en la cabeza. Así nos ahorramos más tiempo.

—Tenga cuidado, general. En caso de haber lesiones físicas en el acusado, habrá un veredicto acusatorio hacia su persona en el juzgado...

—Entonces, el golpe se lo propino yo...

—¡Les he dicho que se vayan de mi casa!

—Ante su resistencia y su ofensiva inmoral, su sentencia puede agravarse. Será mejor que coopere y se entregue de buena forma.

—General, está tomando la silla. La aventará.

—¡Cuidado!

—¡Señor, un herido!

—¡Diablos!

—¡Rebájenlo de una vez! ¡Ya!

Mi herida. Me duele. Estas escenas me hacen daño. No las olvido.

No, no puedo... Mis manos. Se hallan mojadas: es el sudor... Aún se me dificulta ponerme de pie. Siento todo mi cuerpo entumecido. Me irrita. Todavía, veo borroso. No domino mis ideas. Estoy desequilibrado mentalmente. Alguien me introduce estas visiones, puesto que sin querer retornan. Quiero vivir el presente, pero no puedo... Y estas rayas, estas heridas, me arden. No detecto cuándo librarme de ellas. ¿Y eso que veo allí? ¿Qué es esto? ¿Producto de mi imaginación? ¡No, esto ya ha sucedido! Me encuentro frente al tribunal. Tengo miedo. Escucho voces de acusación contra mí, leen el acta, la resolución final, también un documento... No, es uno de mis escritos. Hay un jurado. Yo estoy frente a un auditorio, sentado en un banco junto con un señor, ¿mi abogado? Habla, está en mi contra, permite que los demás formulen opiniones opuestas a mi conveniencia. Nadie me respalda. Oh Dios, ayúdame, estoy solo. Mi cuerpo tiembla. Me piden sustentar. Tartamudeo, balbuceo apenas. No reconocen las palabras defectuosas que expongo: no tienen sentido. Mi abogado me sustituye. Su intervención no es propicia... Estoy acabado.

—Señor Ábner Castilla, las pruebas son contundentes. La publicación de su texto lo ha arruinado. De su lado, no existe ni una enmienda defensiva ni

argumentos a su favor por parte de su abogado. Por la gravedad de los acontecimientos y la exigencia a que este proceso se acelere, la Ley 26 574 sentenció que usted no podía recurrir a ningún tipo de amistad: familiares, entre otros. Debido a que su ofensa es destacable e implica a muchos representantes del Estado gubernamental; en rigor, a instituciones de carácter político y empresarial. ¿Cuál era su propósito, señor Castilla? Es lo que no entendemos. Usted a querido retar a nuestras Fuerzas Armadas. Ante ello, el veredicto es el siguiente. Se lo sintetizo. Por su despectiva forma de percibir el territorio nacional y acusar a los gobernantes de este país sin ningún fundamento apto (carece de pruebas que rectifiquen y respalden su tesis), usted desea acarrear un conflicto bélico internacional. Se ha convencido por antonomasia de una confrontación con Norteamérica para exterminar a tres países sudamericanos. Es usted un apócrifo, un burlón. La Ley no considera pertinente su gracia. Será deportado del Perú. Sin embargo, antes tendrá que firmar este documento, que irónicamente es una consecuencia particular de su ataque subversivo y crítico. Solo firmará aquí.

¡No, no, no...! ¡No más! ¡No quiero ver más! ¡Por favor, no quiero saber más! Dios, borra estas imágenes de mi mente, sino provoca en mí un derrame, un olvido de toda mi vida. Solo ahora. No puedo vivir más así. Mi piel es pálida por el momento. Tengo ojeras, sudo. Mi ropa está mojada por mi transpiración inquietante y maloliente. Tirito con frecuencia.

Tiemblo del frío originado por mi razón. ¡Cuántos días más! ¡Cuánto tiempo! No lo soporto. Mi organismo empeora. Las ganas de vomitar se apoderan constantemente de mí. Quiero vomitar. Además, pretendo llorar, pero no puedo, no puedo... Me duele la garganta. ¡No hay nadie aquí! ¡No me oyen! Quiero que me amen. Me he arrepentido de mi error; por el contrario, no me hicieron caso, han sido indiferentes conmigo. Estoy solo. ¡Solo! Este paisaje consagrado se esfuma, así como lo hago yo. Muero. ¡Cómo quisiera que se haga realidad! Me desvanezco. Pierdo la conciencia. Mi brazo ha caído por sí solo. Mis párpados se cierran. Se me hace más difícil articular palabras. ¡Si alguien me escucha, que me ayude! Pierdo el sentido gradualmente. Quiero morir. Ya no busco despertar jamás para París, desde este cuarto tan oscuro. Enloquezco, me furtivo, me hallo fuera de mí. Mi razón de ser... Todo... Se disipa el universo y no hay nadie conmigo. Muero o no sé si sucede, pero me siento atravesar ese estadio... ¡Qué dolor!

II

Entonces, imagino que estoy en la cima de la Torre Eiffel. Ese inmenso trapecio monumental de hierro que contiene demasiadas luces que alumbran la ciudad parisina. Reflectores amarillos y blancos. Desde arriba, la cima. De tarde o noche. Soy como un fantasma que se coloca en diversas posiciones para adquirir las sensibilidades de la naturaleza, tan solo con

la conciencia. El cielo despejado se apropia de mí. Me proyecta hacia esos pequeños botes y barcos que oscilan con ese viento frío que se siente dentro de esos depósitos de agua. En su interior, abundantes animales marinos se trasladan a toda velocidad, agitando sus cuerpos, replegándose, claudicando su forma, al instante. La luz disuelta en el agua permitía que se vieran esas secuelas en reducidas proporciones destelladas. Otra era la que emitían los vehículos de transporte. La de la Torre Eiffel, que provenía de su farol, como una linterna orientada hacia el mar y el cielo para dirigir a los aviones y los barcos. La humanidad bien reconfortada, pernoctando en los alrededores, tomando fotos, cumpliendo su rol de turistas, conversando, mirando. Más iluminación: postes con focos cada cierto tramo recorrido. Esta reluce esos bloques del espacio lóbrego de Francia. Las calles limpias, las veredas claras, cada árbol de esa gigantesca dimensión, igual simetría y forma, plantado mecánicamente a la misma distancia una de otra. Más personas que simulan irradiar todo lo que tocan, transeúntes que se asemejan a espectros vivientes en patines, puentes, anuncios publicitarios, bares, centros de atención y todo lo exhibido es complementado con un sonido intermitente característico: bocinas, motores, murmullos, soplos; por el contrario, estos son tan ligeros que no alteran la tranquilidad y la calma de la ambientación. El olor, mientras que esté más alejado de los medios de transporte público, no generan ni una molestia.

Todo se contrae. Se diluye como si fuese un

sueño. Retorna a su génesis. Las imágenes se reducen, se consumen, se disipan, vuelven al eje. Lo cercano se alejó. ¿Por qué todo debe partir? ¿La vida, el hombre, la mujer, el tiempo, la naturaleza? ¿Dónde quedaron? Estoy solo, solo. Por cómo van los sucesos, imagino que ya deben ser las dos de la madrugada del sábado. El ambiente nebuloso persiste. Ha anochecido tan rápido, sin disfrutarlo. ¡Cómo ha transcurrido el tiempo! Recobro el conocimiento sin saber desde cuándo. Me quedo mirando la Torre Eiffel. Permanezco como hipnotizado observándola. Mi mente se traslada. He estirado uno de mis pulgares y he tapado la imagen de ese monumento, como si la medida fuese la misma, desde aquí, en esta habitación insignificante, entre tantas otras que existen en esta localidad. ¿Qué otras reacciones inconscientes realicé sin percatarme? ¿Qué recuerdo? ¿Qué me aconsejé? Siento el sonido y la bulla de Francia en el exterior. Entristezco al construirme la idea de que puede ser la última noche que recibiré. Bebo. Lo hago por temor a que la realidad inconsistente sea más mortífera y me despoje de la totalidad de mi ser. No pretendo olvidarme, sino adaptarme para que la sentencia sea menos dañina. Mi brazo torpe, disecado con una capa fina blanca que rodea mis heridas similares a escamas muertas. Desde que he despertado, cuento con otra preocupación. Ya no es el dolor. Este se ha desvanecido o me he mentalizado de que no lo tengo. ¿Cómo estará ella? Tal vez, apreciando desde el balcón de su casa en el Malecón de la Reserva en Miraflores, en uno de esos grandísimos

edificios lujosos, bien sofisticados, con seguridad en la entrada, con cámaras que lo graban todo por dentro y fuera, cerca del puente Villena y la avenida Larco-mar. Allí debe estar, contemplando el mar, sintiendo la alegría juvenil de quienes salen a fiestas y reuniones de gala por el fin de semana: un quinceañero, un matrimonio, una celebración cualquiera, un vacilón en una discoteca, un bar, cuántos lugares y sensaciones allá en Perú. A lo mejor, está triste, llorará quizá.

Son las dos de la madrugada acá en París; allá en Lima, siete horas menos, aproximadamente las siete de la noche. Vuelvo a beber. Me sirvo champán, lo combino con vodka... Entonces, inicio el juego... “Aló”.

III

—¿No te gusta esa canción?

—No he dicho que no me guste. Déjala ahí: está bonita. Acababa de ducharme. Me vestí y recibí tu llamada. Qué gusto. He pernoctado con dificultad. Ahora, estoy sola en casa. ¿Cómo te encuentras allá?

—Bueno, no quiero preocuparte. No me importa nada en este instante. Quiero seguir postrado en mi lecho, pensando que algún día nos reencontraremos. ¿Tú estás igual?

—Sí, echada en mi cama como tú. Me hago la idea de que esta conversación no va a terminar. ¿Cuándo vuelves?

—No lo sé. De que nos volveremos a ver, ten por seguro que sí: en algún lugar y otra forma, pero

sucedirá.

—¿Cómo así?

—No me preguntes más sobre eso. Te he dicho que nos veremos, pese a que no sé cómo ni cuándo ni por qué... —...

—Cuando escucho música, siento que me sensibilizo. Las palabras fluyen como por arte de magia. No las fuerzo. Son las precisas. Pierdo ese estado de tener la mente en blanco. ¿La oyes?

—Sí, y si te gusta a ti, déjala. De cierto modo, me hace sentir bien. ¿Qué lugares has visitado por allá?

—Muchos en tan poco tiempo: Montparnasse, los Campos Elíseos, el mercado de Bellville, el café de la Bastilla, la Plaza de la Concordia, el Arco del Triunfo, la avenida Anatole France...

—No seas aburrido. Solo no me menciones los lugares, porque no conozco ni uno; cuéntame qué hay en ellos. Así trabajo mi mente e imagino un rato, aunque sea de mentira.

—Conste que...

—Te amo, Ábner.

—Yo también. Pero dime algo, ¿te motiva que te hable de esto? Supongo que no.

—¿Tú crees eso? ¿Si yo te contara cómo estoy en Lima supondría que no te importa? Todo lo que haces es de mi incumbencia. Además, es una oportunidad para escuchar tu voz. No la oigo hace mucho.

—Son tonterías. Nunca dije que no fuera de mi interés lo que te pasara, sino que no es fructuoso lo que te digo ahora. En este instante, no tiene sentido.

Son otras inquietudes...

—¿Cuáles? Según tú.

—Bueno, la catedral de Nuestra Señora es llamativa. Se caracteriza por conferirle un aspecto religioso y antiguo a la ciudad parisina. Es casi fantasmagórica. El barrio de St. Michel tiene una variedad considerable de restaurantes. En la autopista de Saint-Dennis, los jóvenes hacen carreras ilegales nocturnas...

—Eres un chistoso...

—Me dijiste que te lo dijera, ¿no?

—Bueno, sigue, no importa. —Mientras hablábamos y escuchaba su linda y armónica voz, recordaba tantas palabras que nos decíamos en circunstancias memorables de nuestra relación, diálogos perdidos que no se asociaban con el ahora: “Gracias por tu carta, Ábner. Me gusta cuando me escribes: me haces sentir especial”. La carta era mi medio de comunicación ante lo imposible, por esa incapacidad para develarme. Redactar me resultaba efectivo para representarme. Era la única forma de que quien se interesase en mí oyera mi voz. “Quiero que sientas cómo expreso mis ideas en palabras escritas. Al momento de leerlas, haces que yo te quiera más”. Las palabras se introducían en las cartas para exponer imágenes y sentimientos que localizaban exclusivamente a ella. Si estuviera sin mí, no encontraría a otro que le escribiera con mi estilo particular. Por eso, siempre retornaba después de múltiples peleas, como si una conexión emocional fuera la responsable de ese ena-

moramiento. Para complacerla, seguí con lo que me pedía, que realmente a mí no me importaba contárselo y creo que a ella tampoco, más bien era de relevancia quién lo narraba.

—Es bonito el museo de Louvre. Tiene una forma triangular a ras del suelo. Se asemeja a una pirámide de vidrio. Me dijeron algunos turistas y unos guías que es uno de los más grandes del mundo. Desde lejos de la ciudad, se distingue. Su iluminación es blanca e irradiante...

—Eres bien complicado para hablar. Siempre te olvidas de que estás conmigo.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada. Qué bonita música escuchas.

¿Todas me las dedicas a mí?

—Obviamente. —¿Qué hago fingiendo la realidad? ¿Hasta cuándo seguiré con esta tonalidad? ¿Cuándo empezaré a sincerarme? ¿Hasta cuándo? Tengo miedo. ¿Cómo lo tomará? ¿Qué dirá después? ¿Conversaremos con tranquilidad? Todo depende de la forma. Puedo errar y malograr lo consolidado.

—¿Te encuentras ahí? ¿Por qué no contestas? ¿Estás enamorado?

—Lucy, ¿recuerdas las veces que salíamos de noche a caminar por el Centro de Lima, Barranco, Miraflores y San Isidro?

—Te olvidas también de las noches que pasamos en Chorrillos y La Punta...

—No, no las olvido. ¿Cuántas horas habremos compartido así?

—Gracias por hacérmelo recordar. Acabas de entristecerme. Tan bien que íbamos y tenías que abrir tu bocota. Ahora, ya no hay nada de eso. Lo que quieres hacer es volver todo como antes, pero es imposible. Ábner, ya no estás aquí: son otras circunstancias. Quién sabe si allá no has iniciado una relación con otra. No sé si volverás algún día... No soporto más. Dime si volverás...

—Te he dicho que sí, pero no me acongojes. Solo tenme paciencia.

—¿Paciencia para qué? ¿Para esperarte como una estúpida mientras que tú estás en otro país sin acordarte de mí? ¿Llamándome cuando te apetece? ¡No! No quiero seguir así más tiempo. Me dijiste que viajarías por unos días. Ya llevas casi dos semanas en el exterior. Te ocultas y no te acuerdas de mí.

Aún permanecía postrado en mi lecho, sollozaba, me retorció entre las sábanas y las frazadas: quería olvidar. Ella lo sabía todo. Me extraía frase tras frase. La verdad se le revelaba paulatinamente. Nadie se enteró de que era un exiliado. Pero viendo cómo seguían los hechos, se aseguró de que esa noche Lucy lo conocería más que nadie, y así sucedió. Mis contactos pensaban que me iba por razones de estudio, mas no supieron la verdad, que soy un expatriado por mi crítica insurrecta al orden político, acusado de comunista subversivo y consignado como sujeto altamente peligroso. Muy tarde para lamentarme. Lucy retomó el diálogo.

—¡Me dijiste que viajarías por unos días! ¡Ya llevas

casi dos semanas! ¡Te inhibes! ¡Y no te acuerdas de mí!

Ahora, todo es complicado. Otra vez, me duele en absoluto sus quejas, mi ineptitud por superarme, nuestro enredoso compromiso, la impotencia por ella nuevamente, la maldita impotencia, no puedo hacer nada, debo morir y moriré, pero no quiero que ella muera también, sé de su persona y ese fatal desenlace sería por mi culpa. Me recrimina por la carrera que escogí y el mal uso que le conferí. Tenía conciencia del mal que podía infundir al expresarme con libertad, y me reté a sabiendas. Ahora, el exilio y las amenazas me persiguen. Estoy atrapado en este universo particular, de palabras. Gracias a este, consolido mundos para quienes quiero. Se trata de un espacio de palabras circundantes que me permiten leer y escribir en circunstancias similares.

—¡Contesta! ¡Te estoy hablando! ¡Por qué me mentiste!

No sé qué hacer. Vuelvo a tomar champán. Mi mente se disturba. Cada movimiento de mi cabeza es un temblor interno, paralizante, adormecedor, todo un calambre. No hay otra alternativa. Sigo echado en mi cama, como si estuviese enfermo, lloro, ella no me escucha: solo me reclama y solloza. Oigo sus gemidos y el sonido nostálgico que hace al sonar su nariz como si absorbiera sus lágrimas. París, cuántos recuerdos tendré para mi próximo funeral. Ya no poseo dinero. Mis últimos euros los empleo para esta llamada telefónica desde este celular insignificante. Ojalá podamos dialogar lo suficiente.

—¿Tomas?... ¿Tomas?... Estás tomando...

Bueno, como no me respondes, decidiré por mí misma. A ti no te importa nada. Antes de que mueras, lo haré yo, y te enterarás rápidamente. Ya verás. Si tú mueres o te suicidas, no esperes de mí otro destino. Chau.

Es imposible. Estoy a miles y miles y miles de kilómetros de distancia de ella. No la puedo detener. Moriremos juntos entonces, si es que no hay salida. Cómo quisiera ayudarla, pero mi situación es equivalente. No sé qué aconsejarle. Si viví como un perro, mi muerte debe ser de igual condición, de acuerdo con mi ritmo de vida. Por el momento, quiero que el tiempo desaparezca. Tengo temor de que siga transcurriendo. Postrado en mi lecho no solucionaré nada. Procuraré que el sueño se apodere de mí. El tranquilizador sonido de las nubes me aliviará y me provocará calma. Juego con mi mente a movilizarme como un avión de madrugada, viendo la oscuridad de la noche, sintiendo el silencio de una generación dormida por una ventanilla, en la que solo hay nubes, tierra, mar y personas... Personas... ¡Diablos! Pero solo hay una que será Lucy. No la puedo descuidar. Debo persuadirla. “Aló”. Ya no contesta. “Aló”. “Aló”. Todo nublado, acá en París. Yo, dentro de un cuarto lóbrego; ella, en un sexto piso de un edificio de Miraflores, donde las extensas autopistas son iluminadas por unos faroles potentes que alumbran esa zona moderna. Ha pasado casi una hora desde que se inició esta llamada. Todo es fatal por ahora.

—Aló, Ábner. Me encuentro en el malecón, a unos minutos de lanzarme al vacío. Llamaba para decirte que te amo, pero como ya no estarás conmigo, de nada me servirá permanecer en este mundo... Hagas lo que hagas, digas lo que digas, no tendrá repercusión en mí. Sé que dejarás de existir. No trates de mentirme, que no te servirá. Me suicidaré a la par contigo desde este peñasco.

—No abras los ojos. Harás todo lo que yo te diga. ¿Está bien? Tranquilízate, ten calma, relájate, distiende tus miembros. Tus ojos están cerrados. Voy a entrar a tu mente y tú me lo permitirás, porque es eso lo que tú quieres: que yo esté dentro de ti para la eternidad. Te tocarás el hombro izquierdo cuando yo te lo diga. Al efectuarlo, perderá su función. Todavía no lo hagas. Recuerda que actúas bajo mi dominio, palabra por palabra. Sígueme, no desvíes tu atención, escúchame, memoriza el tono de mi voz, no te confundas con la de otro, es solo la mía. Yo nomás puedo ingresar en tus pensamientos. Confías en mí, me obedeces. Quiero que palpes tu hombro. Muy bien. Me estás haciendo caso, hazlo lentamente. Tócalo, el izquierdo con la mano derecha, ¡perfecto! Ahora, sientes que tu brazo se ha adormecido. Lo has logrado. De manera unísona, realízalo con el otro. Tus piernas. Luego, relájate. Reposa tus manos sobre tus muslos. Lo que te haré no tiene ni un resultado contrapuesto, lo que

hayas escuchado con anterioridad: rumores y comentarios negativos. Deséchalos. Tu mente debe someterse a este proceso sin resistencia. Te traerá beneficios contundentes. No quieres sufrir, ¿verdad? Temes ese estadio. No lo quieres. Lo odias. Te infunde pánico esa palabra: sufrir. Prefieres que ni la mencione. Eso se conseguirá si me haces caso. Fíjate solo en mí. Sé que me sigues. Nada te perturba ni te distrae ni te incomoda. Estás conmigo. Deseo que te concentres en un punto específico. Mira hacia la izquierda. Presta atención a esa cruz brillante que ves allí, sí, esa, la que está en Chorrillos, la Cruz del Papa del Morro Solar, en el malecón, cerca del circuito de playas. ¿La ves? Contaré hasta diez de forma progresiva. Cuando concluya, estarás en un estado idílico, semejante al sueño, y...

—¡Basta, Ábner! Será en vano que pretendas hipnotizarme. A quien deben hacer eso es a ti. Mira tú la Torre Eiffel y provócate ese efecto para que no te mates. Conmigo no lograrás nada, ya te lo dije. En ningún momento, me he dejado persuadir por tu discurso. Solo te he oído. No cerré mis ojos completamente. Ni he seguido ni una de tus indicaciones, porque no me interesan.

—Me duele el brazo —interrumpí.

—¿Por qué?

—Debe ser una secuela del intento de asesinato en ese avión.

—¿En serio? ¿Cómo fue eso? Cuéntame.

Ella estaba escondida entre unos fragmentos de tierra y plantas, en el peñasco, a una altura consi-

derable para perder la vida si es que caía en esa zona de desmonte, próxima a la autopista del circuito de playas, la arena y el mar. Tengo como prioridad que el claro de luna reflejado en el mar, ante el movimiento y el sonido de las olas, acarreen un éxtasis en ella. Sus ojos llorosos son un espejo de ese océano tintineante y escarbador. Como si en él esperase una salida, solo con contemplarlo: una solución al menos. Me escuchaba. Ella me ayudaba a ordenar lo sucedido, lo que tenía desorganizado por ahora. Mas se me hacía difícil contárselo: evocaba imágenes a mi cabeza, me perjudicaban, me alteraban. Todo es tan perjudicial para mí. Recuerdo ese olor a muerte con el que me vienen rigiendo mi vida esos vigilantes a quienes no puedo ver con cohesión. Palabras: “Morirás”.

—Cuéntame, pues, o no me digas que...

“Ábner Castilla, no podrás sobrevivir ante tanta tortura. Solo te queda la muerte...”.

—Porque si no quieres hablar mejor es que te deje en paz, sabes...

“Conque eres un crítico alturado del sistema. ¿Quién diablos eres tú realmente?”.

—Ábner, amor, escúchame. Vuelves a lo mismo. Te amo. Si tan solo pudiera estar segura de que volverás, no haría nada, pero como sé que esta será nuestra última noche he decidido...

“Sí, yo creo que en París será una muerte segura para él, nadie se acordará de su existencia, como aún no tiene relevancia pasará desapercibido. No creo que se inicie un juicio por su muerte. Lo hemos amenaza-

do si dice algo. Constantemente, lo estamos siguiendo. No tendrá escapatoria”.

—¿Sí? Ábner, perdóname si en estos momentos te causo temor, lo que sucede es que no sé cómo expresarme ante tanto infortunio. Ponte en mi lugar, por favor. ¡Háblame...!

—Esas voces. Son producto de mi mente. Lo sé. Lucy está al teléfono, las otras voces no, ¿por qué las oigo? Me distraen, ¿qué dice ella? ¿Qué dicen las voces? ¡Apártense! Quiero escuchar a una por una. ¿Por qué tanto desorden? Estoy enloqueciendo. ¡Estoy enloqueciendo!

—Me das miedo, Ábner. ¿Es en serio?

—¿Quién eres? ¿Lucy? ¿Una voz de ella? ¿Un sicario?...

“Te mataremos”.

—¿Quién dijo eso? ¿quién?

—Ábner, tranquilízate y cuéntame...

—Esas voces... ¿Dónde estás, Lucy? Estoy dejando transcurrir el tiempo. ¿Se habrá lanzado al vacío? ¡No! ¡No pude detenerla! ¡Maldición!

“Una vez que esté allá en París, podemos deshacernos de él de inmediato. No hay problema: ya firmó”.

—Auxilio... ¡Auxilio!

Gente que toma su siesta al descubierto, a la intemperie, muestra deliberadamente sus órganos sexuales. Al instante, una discoteca compuesta de luces intermitentes que oscilan en toda esa área oscura. En el centro, la tarima revela un acto libidinoso. Una mujer desnuda, de enormes senos y glúteos volumi-

nosos, se entrega a un hombre musculoso que lleva unas cadenas negras en las manos y los pies. El movimiento es acelerado. Él la toma fuertemente de las caderas, y la adhiere a su cuerpo. ¿Quién de los dos lo disfrutará más? Ahora, efectúan arte en las calles. Se acabó la escena del sexo. Es el arte concomitante desde un día soleado. Se exhiben pinturas, retratos y láminas en cuadros con témperas y espráis, mientras van negociando. A la par, unos vates pusilánimes proclaman sus creaciones. Esta imagen está encapsulada por un marco lóbrego, que la va consumiendo, hasta que la visión se disipa y recobra paulatinamente su color: azul marino. Una pista. Unas ratas salen apresuradas de una de las rendijas de la vereda y huyen sin rumbo alguno. De nuevo, el acto sexual. Gemidos de mujeres. Todo es tan rápido. ¿Dónde me he introducido? ¿Es el sueño mismo o la locura? Un órgano sexual de cerámica, otro más, pero en otro lugar. Son estatuas fálicas. Esto es París. Son sus imágenes...

—Me das miedo, Ábner. Mencionas palabras absurdas.

“Hagas lo que hagas, estás bajo nuestro poder, Ábneer”.

“Un mystère c’est la plus profonde chose qu’il y ait pour l’imagination humaine”.

Son frases en francés: no entiendo nada... No tengo un control de mi mente... Las escucho y las repito sin diferenciar cómo.

“Il y a des femmes qui n’aiment pas faire souffrir plusieurs hommes a la fois, qui préfèrent s’appliquer

a un seul: ce sont les femmes fidèles”.

—¿Ábner, sabes lo que me hablas?

—Oui, no tengo idea. No te he dicho nada. No recuerdo haberlo hecho. Ni siquiera sé quién eres. Ni tampoco sé hablar francés...

—Soy Lucy, tu novia, con quien has estado más de diez años y que ahora se encuentra en el Malecón de la Reserva en Miraflores, a punto de suicidarse.

“Suicidarse”... “Suicidar”... “Suicidarme”... Veo muchas autoridades políticas. Solicitan que esté silencioso. Mi palabra no vale. Toman como referencia un documento al que estipulan mi autoría. Lo citan. Lo recitan. Me ven con desdén, como una rata entre ellos. Oigo el sonido del martillo. La sentencia es que me exiliarán. Me llevan unos hombres con atuendos de policía. Tengo unas esposas. Camino. Me dejo conducir. Les sigo el juego, porque no sé cómo resistirme. Parece como si obrara maquinalmente. Ni sé cómo sigo vivo ni tampoco desde cuándo he perdido el control y el orden de mi vida... Me desvanezco... Me desvanezco... Me desvanezco...

—...

—...

—...

—...

—¡Ábner, ya déjate de estupideces! Mira lo que sucede acá. No sé en qué momento una hilera de personas se ha acomodado en el barandal de este malecón. Me observan. Me señalan. Tengo miedo, Ábner, tengo miedo. Dime qué puedo hacer, dímelo...

—Mátate...

—¿Qué?

—¡Mátate! ¡Mátate! ¡Mátate de una vez!

—Ábner, estás loco. Escucha lo que me dices.

Eres un idiota.

¿“Escucha lo que me dices”? ¿Quién ha hablado? Si es una voz de mi cabeza, que se extermine. Quiero librarme de todo esto. ¿Qué es verdadero? ¿Qué es falso? Lucy está sollozando. ¿Por qué?

—Lucy...

—No me hables más. Eres un idiota.

—No sé qué me ocurre. Si te dije algo o no te respondí, perdóname. Estoy desligado de la realidad. Enloquezco por dentro. Eventualmente, evoco imágenes o voces, reminiscencias, inquietudes, tensiones. No puedo socorrerte y menos ayudarme a mí mismo. Compréndeme. Me distraigo con notoriedad y no puedo controlarlo.

—No. Ya no quiero nada. Solo me haces sufrir. ¿Para eso existes? ¿Para eso? ¡Para eso!

—No llores, estoy mal, prometo que...

—Me duele el corazón nuevamente. Sudo. Todo mi cuerpo está congelado. Tengo una dificultad con mi vista. Por segundos, veo nítido y, al rato, va graduándose a borroso: una y otra vez, a la inversa también. ¿Dónde me hallo ahora? En el avión... Estoy sentado tranquilo. Muchas otras personas yacen igual. Cada uno ocupado con lo suyo: yo, entretenido banalmente al apreciar por la ventanilla izquierda cómo este vehículo aéreo irrumpe con las nubes y deja percibir

ciudades de la Tierra. De pronto, como si un clavo oxidado hubiese sido martillado sobre el centro de mi frente, un dolor inexplicable se apoderó de mi cabeza, oí huesitos resquebrajarse en el impacto de mi sien con algún instrumento. Todos los pasajeros, en vez de estar sorprendidos por lo que suscitaba, solo voltearon, rieron con sarcasmo y maldad al distinguir lo que me acontecía. Ellos eran aliados. Sabían lo que iban a hacerme. Me cansé de todo. Tomé una guitarra forrada. La saqué de su funda. Arranqué las cuerdas metálicas. Me corté la palma de la mano al hacerlo. Gruñí de dolor. Enrosqué las cuerdas a mi brazo izquierdo e hice presión. Intentaba matarme, suicidarme. Observaba el fluir de mi sangre. Chorreaba en mi inflamado brazo rojo. La vida se me iba. Perdía la circulación. Me ardían las heridas. Veía las rayas que se formaban como ojos. Sentía mis huesos, el pus blanco, la sangre, el líquido transparente... Hasta que otro tremendo impacto nubló mi razón—. ¿Lucy?

—No me hagas esto, por favor. ¡Perdóname, perdóname...! Solo háblame. No seas indiferente conmigo. —Sollozaba, yo no. Al menos, mis instintos y mis sensibilidades estaban fuera de contexto. No reconocía qué era sentir. Me hallaba sin dominio de mis facultades mentales.

—Te amo.

—Yo también, pero no juegues conmigo.

Hace rato, me estás llamando y colgando. Aquí se está armando toda una trifulca. Han venido bomberos, periodistas, camarógrafos, abundantes especta-

dores. No sé si transmiten este suceso en vivo por la televisión. Espero que no. Siento que viene alguien de arriba, yo a una altura destacable del vacío y a unos diez metros del barandal del malecón, de donde me aprecian. Tengo miedo, Ábner. Me asusta todo esto...

—Te amo.

—Yo más.

—Lo que me hicieron esos condenados fue reparar los postremos comentarios que se divulgarán luego de que muera. Escribieron una sentencia en la que justificaba el motivo de mi muerte y me la hicieron firmar. Esto no es novedoso. Muchos han sido partidarios de esta muerte voluntaria: presidentes, alcaldes, políticos, escritores, asesinos, entre otros. No pude librarme. Estaba acorralado. No tengo idea de quién me hizo firmar. Todo se disipó. Las imágenes retornan a mí con desorden. Por más que pretendo establecer una conexión lógica, no puedo, ¡no puedo! Tal vez, me proporcionaron una droga, una inyección, me golpearon, me anestesiaron. No lo sé. Recuerdo cómo me defendí en el avión, pero no sé cómo lo tomé. Ni sé qué hago en esta habitación. Ni de dónde saqué dinero. Estoy siendo manipulado. En cualquier instante, pueden venir y seguir torturándome. Prefiero morir a seguir con esta vida insignificante. Me acuerdo de una voz, que no sé si será la que imagino, pero las palabras fueron “solo firme aquí”. Yo, con

un tono sarcástico, como si se tratara de otro el que actuara, estiré mi brazo y firmé. Ese documento pasó a ser público. Ahora, tiene mi autoría, mi firma...

—Amor, espera. Es un bombero. Debo colgarte, sino pensarán que tú estás implicado en esto...

—Me duele cuando me dices que no te amo. ¡Cuántas veces te he llorado! En cuántas oportunidades he recibido tus caricias de consuelo cuando requería la ayuda de alguien, y qué más auxilio que el tuyo. Yo no te iba a querer solo por un par de meses, sino todos los años de mi vida y la tuya. ¿Cuál es tu edad? ¿Cuánto te falta por vivir? Parece que fue ayer que entre besos compartíamos el mismo calor. Nos mordíamos despacito los labios. Deslizábamos nuestras lenguas por el interior de nuestras orejas. Nos dejábamos marcas en distintas partes de nuestra piel, con timidez y excitación, sonriendo inhibidos en cualquier momento y lugar al ver esas huellas, producto del éxtasis, con ese brillo ocular y esa expresión de ternura. En invierno, como ahora, tú me pedías que te abrazara, yo lo hacía, por dentro pedía que esta estación del año no acabara, para poder tenerte así entre mis brazos. Vuelve en ti, por favor.

—Me mataré, Ábner. El bombero se ha ido porque no puede convencerme. Ha estado buen rato hablándome de lo tan bonito que es la vida. Yo ni lo he visto. Ni le he dirigido la palabra. Ante su

fracaso, se ha marchado, pero creo que volverá. La gente sigue observándome. Piensan que estoy demente. Me mato y me mato. No hay otra solución.

—Tú dices que me amas, ¿verdad?

—Sí.

—Si te vas a matar, prefiero que menciones lo contrario: miénteme esta vez y dime que no me amas, para que nuestra separación sea así más fácil y nuestras penurias sean mínimas.

—No puedo hacerlo, Ábner. ¿No entiendes? No me sirvió de nada brindarte mis días, si tú no me proporcionabas los tuyos con sinceridad: tus noches. Por ese descuido, te tengo ahora tan distante. Por andar buscando una consagración, mira hasta dónde has llegado: has perdido tu identidad y ni siquiera distingues bien entre lo real y lo ficticio. Espera, no me concentro. Varias personas me gritan desde arriba. Claman que suba. Yo estoy aquí sentada conversando contigo sin que se enteren, bien escondida. No hay ni un reflector que me alumbré ni nada.

—Dime para qué sirvió nuestro amor, ¿para amoldar el siguiente? Te olvidarás de mí, aunque hoy lo niegues. Llegará otro hombre y lo amarás como si yo hubiese reencarnado en él. Te otorgué parte de mi sensibilidad, algo habrás aprendido. Por eso, te reconocería en cualquier lugar de entre muchas mujeres, a ti y a los que amarás.

—Es incoherente lo que dices. No vaya a ocurrir que ahora te pongas a hablar en francés. Mejor pronúnciame algo de una vez, antes de que sea la última

ocasión que nos comuniquemos: dime que me amas.

—Te amo, Lucy, y de eso sí estoy seguro.

—Yo también. Justo, te dije que ese bombero regresaría: ahí está bajando de nuevo con una cuerda en la cintura. Me vuelves a llamar luego. Te cuelgo, chau.

¿“A llamar luego”? ¿Quién es ella? Esto parece un sueño. Los hechos que transcurren a mi alrededor resultan incomprensibles. Quisiera prestarle atención a algo específico, pero no sé qué es lo primordial. Quizá, deba dejarme llevar por este estado nauseabundo y creer que sigo durmiendo sin que sea así. Veo fragmentos iluminados nada más. El contorno está totalmente oscuro y nebuloso, por más que trato de forzar mis sentidos. Estoy frente a un espejo sin saber desde cuándo. Mis facciones transmutan. Varias líneas cóncavas desfiguran mi rostro. ¿Hasta cuándo? Me duele el pecho otra vez.

“No bastará con que esté exiliado. Será pertinente seguirlo y matarlo”.

¡Diablos! Siempre, esas voces. ¿Por qué no termino de escucharlas? Quiero librarme de ellas. Se me cruzan en cualquier momento. Voy a suicidarme y ojalá que Lucy lo haga si se entera. Tengo terror, miedo de que este embrujo descontrolado se detenga y el tiempo oscile otra vez con normalidad. Sentiré pánico si vuelvo a enfrentarme a la realidad. ¿He marcado el número de Lucy? ¿Cuándo? Oigo su voz chillona. El tiempo es mortal aquí y rápido. ¿Hasta cuándo?

—Ábner, ¿estás ahí?

“No escaparás, acusado, vayas a donde vayas la

justicia te someterá”.

—Ábner, ¿por qué no me contestas? ¿Estás ahí?

“No descansaremos hasta verte muerto. Tu exilio no es suficiente”.

—¡Ábner!

Mi respiración, mi respiración, me duele, me duele mucho... ¿Dónde estoy? ¡Francia! ¿Qué hago aquí? ¿Por qué?... ¡Por qué lloro...!

—¡Ábner, háblame! ¡Háblame, por favor! No soporto tu silencio, me haces sentir mal...

“Tu exilio no es suficiente”. “No es suficiente”.

“Morirás”.

—¿Por qué no quieres hablarme?

“Morirás”.

—Háblame, por favor...

“Morirás”.

—¡Nooooooo!...

—Amor, ¿estás bien?

—¡Nooooooo!... ¡Noooooo! ¡Maldita sea! ¡Muéranse, todos! ¡Muérete tú también!

IV

“Su vida ya es literaria. Para que no quede mal ante las personas que lo conocen, anúnciele en un poemario que morirá un día específico, con lugar y fecha. Entonces, ese día lo asesinaremos, porque de todas maneras tendrá que ser así. A su pedido, señor. Queremos que muera de forma poética, como tanto le gusta. Firme esa hoja y escriba con su puño y letra lo siguiente...”.

En Miraflores, el Puente Villena; en Francia, un puente suicida dentro del Monte Calvo. Esta chica ha elegido un lugar propicio, algo romántico, un malecón frente al mar. La luna llena se refleja allí, bien inmensa. El agua serpentea como si miles de dedos la tocaran estrepitosamente, como si lloviera encima de ella, como si alguien sollozara, y lágrima por lágrima llegara al mar. En todo caso, he persistido con aprehensión a esta mujer. Lleva horas y horas allí. Su posición en ese lugar temeroso se ha hecho pública. Me he trasladado en esta bicicleta por los alrededores. Tuve que ir por la extensa pista descendente, que está más allá de Larcomar, como quien se dirige a Barranco, para poder estar bajo el peñasco, en la autopista del circuito de playas de la Costa Verde, mas nada, ella sigue ubicada en el mismo lugar. Son casi las once de la noche, y no pretende subir, aunque anteriores veces pareció vacilar cuando fue un bombero a su rescate. Ascendió con él, pero, inmediatamente, se desanimó, luchó contra la vida y reposó en el mismo escondite.

“Cómo olvidar lo mucho que pasé con ella, tantos lugares visitados, tanto tiempo invertido, cuántas noches soñando con su imagen, más aun, cuánto tiempo pensando en ella. La tenía tan cerca. En mi recuerdo, continúa atravesándose, todavía no quiere partir de mí. Me perteneció y ahora ya no. Hacia mí ya no son sus frases deleitantes, ni su ser ni su atención ni su querer. Lloro del dolor. Imagino. Pienso que fue mía y que ahora ya ha dejado de existir para apartarse de mí. Su sonrisa tan linda y fingida, tan cruel y

voraz. Asimilándolo de esa manera, solo tuvimos un triste final. Mi corazón ciego a gritos pedía que no la abandone jamás. Sin embargo, mi razón priorizaba que me apartara, que era lo adecuado, que era posible olvidar: una decisión convincente, una elección fortuita. Sufro por haberme enamorado de quien no se merecía este desenlace, pero más al percatarme de lo mucho que demoré en consumar el acto. Me enamoré, y con eso perdí. Mi razón sabía que era lo mejor que debí realizar, por encima de mis emociones. Simulaba no comprometerse, más bien, eran vistos como antagónicos que no podían ni cruzarse. Mi intelecto quedó satisfecho, luego de atravesar por tortuosos disturbios de alucinaciones malvadas. En cambio, el problema se ha invertido: de lo feliz que se sentía mi corazón, de lo mucho que gozaba, no ha dejado de ser solo un muerto que se lamenta. Mis emociones son ahora las que permanecen enfermas. Solo mi raciocinio se ha unido a ellas para repararlas”.

Ella tiene un celular. He comprobado eso. Si alguien lo hubiera notado, podría interferir la llamada y saber la causa de esa postura tentativa allí en el peñasco. Nuevamente, el bombero descendiendo. Es la segunda vez. Me distraigo, empiezo a recorrer distintos tramos para no sentirme denso y sin importancia. La cadena chirriante de mi bicicleta alerta la atención en algunos y voltean a verme como si fuese un congénere. “¿Identifica a la chica?”. Pero de lejos no puedo diferenciar su rostro. ¿Quién podría ser? ¿Quién? No, no se la reconoce.

“Te veía andar diariamente. Eras muy linda. Me gustaban tus ojos, tus labios, tu cara... Pensé que en algún momento tú serías mía a cabalidad. Lo esperaba. Me acostumbré a la realidad, sin yo hacer nada para hablarte. Transitabas por mi costado, casi ni me veías, pero yo sí. Me congelaba al sentir tu presencia desde lo lejos. Cuando circulabas cerca de mí, me diluía. Te contemplaba todos los minutos posibles. Si tú no te cerciorabas, era mejor. Bella de verdad. Hermosa. Sabía que algún día ya no estarías: ibas a partir. Me acostumbré a apreciarte sin ni siquiera conocerte. No me fijaba desde cuándo empezaba el día. Caminaba por los alrededores, a expensas de algún indicio, pero nada. Me acercaba donde solías estar. Ahora, ese lugar permanecía vacío: ni tú ni tus amigas ni nadie. ¡Cómo no detuve el tiempo! ¡Cómo lamento esa oportunidad de que te tuve próxima a mí sin decirte nada! Sé que te perdí y que no te volveré a ver. Todas mis esperanzas se destruyeron. Ahora, ya no me proyecto en nada. Las palabras que me dijiste y que no se escribieron. ¿Dónde quedaron? Eventualmente, supongo que cada día es un mundo distante del uno con el otro, del pasado con el presente y el futuro. Si tan solo durmiera en un mundo y, simultáneamente, me encontrara despierto en otro posible... Si existiera en el primero, es probable que en el otro feneciera... Cuántas veces estaré vivo y muerto a la vez”.

El bombero la sube. Parece acceder hipócritamente. Ascenden. No obstante, ahí mismo, ella emprende un forcejeo. Se resiste con maldad. Ha apartado sus

brazos de los de él. Su cara se ha iluminado. La veo. Ya sé quién es: la novia de mi hermano. Tengo su número. Lo buscaré... Aquí debe estar... L... Lucy... Aquí está. La conozco. Estos son sus dígitos. ¿Esa bulla? ¡No! ¿Qué sucedió? Me distraje unos segundos y me perdí el desenlace. Ya no está Lucy con el bombero. ¿Por qué se van? ¿Qué ocurrió? No la vi. ¿Dónde se localiza? ¿Por qué casi todos se han ido?

“¡Diablos! ¡Como en la televisión! ¡Pobrecita!”.

Pregunto dónde está.

“Escucho cómo pierdo la comunicación. Una resonancia de caída que adopta un eco mortal y helado, seco, lamentable. Me provoca un sentimiento irrepreensible de dolor, una pena amarga. Sonido de piedritas que resbalan en la alcantarilla, luego la aproximación de un auto con una velocidad atroz, el contacto, la colisión y nada más. El escándalo de la sirena de las ambulancias, las alborotadas bocinas, con frecuencia y potencia, el fastidioso resplandor de las luces y los faroles tan cargados, expuestos con determinación, cercanos obligadamente, pero todo eso... Todo eso ya no podré percibirlo. Perdí la conexión. Ya no puedo dialogar con Lucy, por más que procuro llamarla. Quedan inconclusas muchas ideas: ¿qué suscitó al fin y al cabo con nuestro amor? ¿Hubo? Con ese término, ¿se extinguió o se fortaleció? Quizá, ahora ya la frecuente como tanto queríamos, pero no en este mundo. Todo ha terminado. En esta ocasión, es mi turno... Siento tan próximas esas voces que me torturan: esa repercusión de mis críticas. Me duelen las heridas de

mi brazo. Son indicadores que quieren desaparecerme. París... La Torre Eiffel. Tal vez, no sirva la autohipnosis en este momento, ya está esclareciéndose el día aquí, mientras que Lucy ya se ha sometido a la noche para siempre, cerca del mar. Nunca contempló París, nunca. ¿Cuándo podré detener el tiempo y manejarlo a mi antojo? Como sé que es imposible, voy a ir en tu búsqueda, Lucía. Recién estoy apto para vivir todos mis tiempos. Adiós, mundo... Adiós...”.

Quiero saber si era Lucy. La llamo. Su celular está apagado. No hay señal. Llamaré a Ábner. El código de Francia, París... Lo marco. Suena, suena, suena. No responde, no responde... ¿Quizá estuvo implicado en esta muerte? No contesta. La gente del barandal se esparce paulatinamente. Terminó el espectáculo. Los presentes, menos yo, se cercioraron del desenlace. Entretanto, mi estadía hasta tarde aquí fue en vano. Solo por rumores me entero parcialmente de lo ocurrido, como si se tratase de las noticias mismas o como si no hubiera estado allí. Vuelvo a llamar a Ábner. Suena, sigue sonando, sigue sonando... Pero no contesta, no contesta nadie... Qué coincidencia. Ambos equipos están desconectados. ¿No estarán juntos en el mismo lugar? No, no creo, ¿o sí? Hace mucho frío en este lugar. Me congeló. Todo está más oscuro ahora. Un silencio indiferente se ha dilatado en el Malecón de la Reserva en Miraflores... Último intento, así me duela. Suena... Suena... Suena... ¡Contestó!

—¿Aló?
—...
—¿Aló?
—...
—¡Aló!
—...
—¡Aló!
—...
—¿Aló?
—...Oui? Bonjour.

Partida a París Ábner Castilla

Ante mis dolencias y mi insatisfacción sobre el mundo,
he preferido escapar,
escapar de él,
para no volver a eclosionar
ni vivir.
Moriré,
no aquí,
no en el lugar que me vio nacer:
moriré en París,
torturado,
criticado
y burlado por las imperfecciones de estas sociedades,
todas estas,

que me sepultarán entre risas y rumores.

Me extrañarán,

me extrañarán por la idea de que ya no volveré más a
este mundo,

a esta sociedad que me vio surgir

y que consiguió mi propia muerte,

mi sepultura,

mi extinción.